

algun modo de aquel terror involuntario;] mas sobreponiéndose á él, tendió la mano al hombre del pueblo, y le dijo:

—Despues de la muerte, amigo mio, tendremos la inmortalidad.

El embozado que hasta entonces habia estado fijo en su asiento, se adelantó rápidamente, y colocándose en el centro de aquel grupo triste y sombrío, les dijo:

—Yo tambien, señores, tengo mis horas de profeta. El emperador nos engaña, y dejará pronto el misterio para combatirnos de frente. Lo sé por muy buenos conductos.

Los oficiales se miraron con incertidumbre y afan, y el embozado prosiguió.

—Muchos traidores le secundan en sus tenebrosos proyectos, muchos necios no le combaten. El nombre de Napoleon causa miedo á los cortesanos; sus legiones lo dan al mundo, y el gran duque de Berg se acerca.....

En este momento se oyó un gran estrépito de tambores y de músicas militares.

—¿Que es eso? preguntaron todós.

—Es Joaquin Murat que entra en Madrid, respondió con calma el embozado.

Y acercándose mas á Luis y al hombre del pueblo les dijo:

—Ustedes morirán temprano si se cumplen

los vaticinios: yo quedaré para vengarlos. En cualquier peligro buscarme.

—¿Quién es V? preguntó Luis.

—Me conocen por el tío Pedro.

El embozado y el buen mozo salieron por puertas distintas, quedándose los oficiales dudosos y sobrecojidos.



CAPITULO II.



El gran duque de Berg.

Notable agitacion y ruido cundia por las calles y plazas de la capital de dos mundos, una nueva muy importante circulaba de boca en boca , y los hombres y las mugeres se apresuraban á formar contradictorios comentarios. Esta nueva , aunque inesperada se estendia con gran rapidez , como arde en llamas una ciudad incendiada por sus estremos. Los mas se mostraban alegres , halagados con el estímulo de sorprendentes novedades ; pero no faltaban algunos que augurasen mal del negocio , por prevision ó por instinto. Sin embargo

todos corrian á presenciar el espectáculo , regocijados ó curiosos.

En la casa número veinte de la calle de la Montera , ocupan un balcon estenso varias jóvenes elegantes, y al par de elegantes, hermosas. Un pintor como Praxiteles hubiera podido hacer de ellas un lindo cuadro de las gracias , y bosquejaremos nosotros con tosco pincel el retrato de la jó ven Elisa Telles.

Contaba Elisa veinte años , tenía talle gentil y esbelto , cabellos blondos , blanca tez, breve boca y labios rosados. Sus ojos de un azul oscuro , lucian larguísimas pestañas, y sus pequeños pies y manos parecian ser los de una niña. Elisa , vestida de negro , descubria un cuello torneado y su hermosa mano jugaba con un ramillete de lilas. A su lado estaban una jó ven de diez y seis años escasos , por nombre Rosa , fresca y pura como la reina del pensil. Rosa apretó festivamente la pequeña mano de su amiga , y la dijo :

—Te veo muy triste ¿has tenido alguna reyerta con mi querido hermano ?

—No. Estamos en paz , Rosa mia.

—Me alegro en el alma , me alegró : porque Luis se pone furioso cuando estás con él enojada. ¿Pero por qué estás taciturna?

—Hay momentos , hermosa mia , de pro-

funda meditacion , y sin embargo , no sabemos qué queremos ni qué pensamos. Hay momentos de pesadilla , de ideas fijas é incomprensibles. Yo tengo, Rosa , estos momentos ; en ellos padezco muchas veces , pero tambien encuentro algunos goces divinos é inefables. ¡ Oh ! Dios ha dado á la muger una imaginacion tan grande como el espacio de los mundos, tan brillante como los soles , y tan rica como los tesoros de su infinita omnipotencia. La imaginacion de la muger , añade mundos á los mundos que deben vida al Hacedor ; forma palacios encantados , como los magos del oriente , y crea mil héroes como Aquiles.

— ¡ Elisa !

— Sí: tú no comprendes hasta donde puede llegar la imaginacion que atesoramos ; tú no sabes como se remonta en alas de ardientes deseos ; tú no sabes lo que comprende , lo que necesita y lo que abarca.

— ¡ Elisa !

Los ojos de Elisa despedian rayos de entusiasmo , su voz metálica vibraba como una campana de bronce , y su hermosa frente se alzaba con imponente magestad. Guardó silencio unos instantes , y prosiguió despues.

— Sí , Rosa ; no son sueños , no son quimeras las que me persiguen noche y dia ; son seductoras realidades. Tú no has pasado , como

yo, noches leyendo las historias: tú no conoces las hazañas de los Aníbal y Scipiones, de los Alejandro y Césares, de Hernán Cortés y de Pizarro. Tú no has parado tus miradas en el general de la Italia, conquistador de Egipto, el cónsul y el emperador.

—Calla, por Dios, callate, Elisa. Si te oyera mi hermano Luis, querría arrancarse el corazón para no escuchar tus palabras.

—Su odio á los franceses le ciega, y no respeta el grande hombre.

—No sabré decirte si es fundado, pero es á lo menos profundo. Nosotras, Elisa, las mugeres, no sabemos juzgar, sentimos y el corazón nos estravia. Soy una niña, no he leído, pero sé bien que las mugeres tenemos gran facilidad para embellecer los objetos que los oropeles nos deslumbran, y que tomamos por gigante á un imperceptible pigmeo.

—¿Qué has dicho, Rosa? ¿qué me dices? ¿Osarás tú llamar pigmeo á Napoleón Bonaparte? ¿Al héroe mayor de los siglos, al hombre cuya espada inclina la balanza de la victoria, y no halla rival á su poder?

—Tengo poquísima instrucción y es muy escaso mi talento para juzgarlo: bien lo sé, pero no creo que su política sea benéfica á mi país, y si le acato como grande, como enemigo le detesto.

—Preocupada estas, Rosa mia; al soplo de Napoleon se reanimará en nuestra patria la ardiente llama de la ciencia, tomará vuelo el pensamiento y como el águila imperial que decora sus estandartes, se remontará hasta las nubes. Protector de nuestros monarcas, afirmará el cetro en sus manos, y el pueblo español y el francés volarán unidos al combate, y partirán honor y gloria. Mira, Rosa, esa muchedumbre que do quier se agita alborozada, ella está sedienta de gloria y viene á buscarla en el frances.

—Quizá se engaña, dijo Rosa con notables muestras de amargura, esa muchedumbre alborozada: quizá se sonrie en los ensueños para despertarse llorando.

—Napoleon es un semi-Dios, y sus generales son héroes.

—Los semi-dioses del gran Homero no estaban exentos de vicios, y sus héroes tenían flaquezas vergonzosas y criminales.

Elisa se quedó en silencio, y Rosa prosiguió.

—He querido seguir tu afición, amiga mia, y corresponder á tu historia con el poema de las edades.

—Si los héroes tienen flaqueza, qué esperamos de los hombres.

—Vicios y virtudes, Elisa.

Algunas amigas llamaron la atención de nuestras dos jóvenes, señalándolas con los abanicos un grupo alegre y bullicioso, compuesto de mugeres del pueblo, conocidas generalmente con el sobrenombre de *manolas*. Habíalas de todas edades, de todos genios y fortunas, pero descollaba entre todas la esbelta y donosa Dolores. Era Dolores una moza de veinte y dos años cumplidos y de varonil continente. Sus ojos negros y rasgados estaban llenos de fiereza, la que se aumentaba algun tanto con unas cejas muy pobladas: era su nariz aguileña, y sus labios un poco gruesos, templaban algo la fiereza de sus ojos abrasadores. Su tez, morena y sonrosada, rebosaba fuerza y salud, y realzaban bellos contornos á su aventajada estatura. Poblada cabellera negra, formando dos trenzas iguales, coronaba con doble diadema su frente altiva é imponente. Una falda de seda azul estaba sujeta á su cintura, y bastante corta de intento, descubria parte de su pierna, perfectamente torneada y un pié calzado con primor. Las turgentes formas de su pecho querian escaparse de un corpiño de rico terciopelo negro, su garganta estaba rodeada de gruesa cadena de oro, y una mantilla de igual tela al corpiño que hemos descrito, cubria una parte de su espalda y venia á unirse sobre el pecho.

—Vaya por Dios con tanta gente, dijo Dolores á una amiga, no ocultando su mal humor. Parece que hay bulla de pan ó que nos van á dar dinero.

—Calla, calla, la interrumpió una viejecilla gazmoña. Podías no venir á la fiesta y no meterte á murmurar de las operaciones de nadie.

—Señora, yo he venido aquí porque me ha dado la real gana ó por asunto de provecho: pero no ha escuchado un sermón que no predica el padre cura.

—Tú vendras á ver al cuñado....

—Ni por pienso.

—Vaya que sí. Todos dicen que es un real mozo.

—Lo será ó dejará de serlo, pero á mí me importa un comino

—De mal humor estás, muchacha. Ese buen mozo es un amigo de nuestro rey Fernando VII.

—¿Es castellano?

—No.

—Pues, señora, no quiero amigos extranjeros. ¿Qué tenemos que ver nosotros con su amistad? ¿Necesitamos que venga el francés á protegernos? ¿No fuimos, señora, bastantes para derribar al favorito.

—Sí, pero....

—No hay pero que valga. A mí me importan tres ardites Napoleon , Joaquin Murat y los ejércitos franceses.

Los negros ojos de Dolores se inflamaron como dos ascuas y sus labios se comprimieron con reconcentrado furor. Paseó sus altivas miradas por aquel grupo de mugeres , que no osaban contradecirla , pero al fijarlas en un hombre se hicieron dulces y amorosas.

Manuel se acercaba á paso lento , cabizbajo y meditabundo ; profundo dolor se leía en su frente surcada de arrugas y sus labios brotaban sangre. Dolores le salió al encuentro , y estrechándole la diestra mano.

—¿ Qué tienes Manuel ? le preguntó.

—Un humor de todos los diablos.

—¿ Quién te lo ha causado ?

—Un oficial.

—¿ Te ha ofendido ?

—A hombres como yo no se les ofende sin matarlos.

—¿ Pues qué te ha dicho ese oficial ?

—Ha vaticinado desgracias que deben cumplirse muy pronto. Ha dicho que halagamos perros para que nos muerdan las manos.

—¿ Por eso estás triste ?

—Sí , Dolores.

—¿ Y no te consuelas al verme ?

El buen mozo guardó silencio y su enamorada prosiguió.

—Yo estaba triste é indignada, pero al verte se disipó mi indignacion y mi tristeza. Se disipó, porque te amo; y la tuya no se disipa, porque no me quieres quizás.

Dos gruesas lágrimas rodaron por las mejillas de Dolores, su amante la dijo:

—Te quiero como á la que me dió la vida.

—¿No me engañas?

—Un hombre como yo no miente.

—¿Me amarás siempre?

—Mientras viva; pero no será largo tiempo.

—¿Qué has dicho?

—Que debo morir.

—¿Tú morir!

—Dolores, muy pronto.

—¿Quién ha de quitarte la vida?

—Dolores, un bote de lanza, algun pedazo de metralla, la punta de una bayoneta, ó quizás la bala de un fusil.

—¿Manuel!

—He pronosticado mi muerte y se cumplen siempre mis pronósticos. Por lo demas poco me importa morir mas tarde ó mas temprano.

—¿Qué dices Manuel?

—Nada, Dolores. ¿Ves aquél bizarro oficial que viene hacia nosotros?

—Sí.

—Pues debe morir antes que yo , defendiendo la misma causa.

Luis apareció en aquel momento , mas abatido que el buen mozo. Se adelantó con paso rápido y colocándose frente al balcon que ocupaban las bellas jóvenes , pretendió cambiar sus miradas con las de la seductora Elisa. La atencion de la hermosa jóven estaba fija en otra parte y tambien la de los curiosos que se empujaban á porfia.

Un escuadron de granaderos de la guardia imperial francesa se adelantaba lentamente, con las carabinas en la mano y el marcial orden de parada. Seguia al escuadron un guerrero de alta estatura, frente altiva, ojos orgullosos y ardientes , larga y sortijada cabellera, porte gallardo y arrogante. Vestia un rico uniforme de husar , con bordados de mariscal y oprimia los lomos de un caballo que relinchaba envanecido de conducir tan noble carga. Era este indomable guerrero Joaquin Murat , gran duque de Berg, cuñado de Napoleon , azote y terror de los cosacos , conocido por sus campañas , y por el valor personal que habia mostrado tantas veces en brillantes cargas de caballería , dadas por él y por él mandadas. Venia á la izquierda de Murat , el español duque del Parque , que habia salido á recibirle , y en pos

de él y á corta distancia el brillante estado mayor que le acompañaba de costumbre. Otros brillantes escuadrones de la guardia imperial tambien le seguian inmediatamente, viniendo en fin la infantería, menos aguerrida y mas bisoña.

Tan marcial era el continente de los soldados de la guardia, tan arrogante era la figura del mariscal duque de Berg, que todos los espectadores se congratulaban mutuamente por presenciar un espectáculo casi en desuso entre nosotros. Pocas gentes desconfiaban del emperador de los franceses, y Murat y sus caballeros ceñian la brillante aureola de Marengo, Jena y Austerlitz.

El oficial de artillería no hacia reparo en los franceses y obstinadamente miraba al balcon y á la hermosa Elisa. Rosa distrajo su atencion de las huestes de Bonaparte y poniéndola en los curiosos vió á su querido hermano Luis, tan pálido como un cadáver. Le saludó graciosamente, y dijo á su amiga.

—Mi hermano no separa de tí los ojos.

Elisa volvió la cabeza, saludó friamente al artillero y de nuevo fijó sus ojos en el general de Bonaparte. Luis siguió entonces la mirada de su siempre adorada Elisa, y al hallarla fija en Murat se mordió los labios con tal fuerza que quedaron ensangrentados.

El ejército adelantaba, y el duque de Berg estaba próximo á la casa número veinte: entonces la atencion de Elisa se dividió entre dos objetos. Sus ojos vagaban inquietos del gran duque de Berg á Luis; contaba en el uno los bordados, veia en el otro la charretera; tenia el uno grande renombre, era el otro desconocido; mandaba Murat cien mil hombres, Luis apenas podia mandar una cuarta de batería. Esta comparacion de Elisa era desfavorable á Luis, y la imaginacion novelesca de la jóven se inflamaba cada vez mas.

A muy pocos pasos de Luis estaban Manuel y Dolores, tomando tambien poca parte en la general algazara: Murat miraba fieramente á cuantos encontraba al paso; pero al acercarse á Dolores tiró de las riendas al caballo, para contemplar á aquella muger que tanto llamaba la atencion por sus adornos y hermosura. La altiva mirada del guerrero cayó á plomo sobre Dolores, mas esta le miró á su vez con tan arrogante fiereza, que el mariscal bajó los ojos y aguijando al fogoso bruto se adelantó á su comitiva.

Al pasar Murat, muchas damas le arrojaban fragantes flores, enamoradas de su porte ó por su renombre subyugadas: el azote de los cosacos correspondia galantemente á estas muestras de distincion, y la que le merecia un

saludo mas espresivo ó delicado se consideraba muy feliz , y lo hacia notar á sus amigas envanecida y satisfecha. La entrada del gran duque de Berg hizo latir mil corazones , que pocos quedan impassibles á presencia de tanto fausto, de tanto renombre y gallardía.

Elisa , trémula y turbada , contemplaba al duque de Berg y no procuraba disimular el interés que le inspiraba. Por un movimiento convulsivo le arrojó su ramo de lilas esclamando fuera de sí:

—; Al invicto Joaquin Murat!

El ramillete dió en el pecho del duque de Berg , y se detuvo en el chabrá de su caballo: el grito llamó la atencion del cuñado de Bonaparte y alzando los ojos vió á Elisa que conservaba la actitud en que habia arrojado el ramillete.

Acostumbrado estaba el duque á alcanzar triunfos mugeriles , pero Elisa era muy hermosa y no queria pasar Murat por descortés con una dama de mérito tan relevante. Queriendo pagarla su obsequio con inequívoca señal , fué á recoger el ramillete ; pero antes de tocar las flores otra mano mas precavida se apoderó de él ; Murat la vió y exclamó.

—;Quién es el osado?

—Luis Daoiz : repitió el artillero.

—;Quién es Luis Daoiz?

—Un oficial de artillería que arranca al mariscal Murat el ramillete de una dama: un español que no permite que le rivalice un francés.

El gran duque de Berg miró á Luis, y no pudiendo detenerse sin promover un nuevo escándalo, se fué murmurando.

—Luis Daoiz.

Manuel se acercó al oficial y poniéndole la mano sobre el pecho, le dijo:

—Aquí se encierra, caballero, un castellano corazón.

CAPITULO III.



La entrada y despues de la entrada.

« Fernando accediendo á la impaciencia
» pública señaló el dia 24 de marzo para hacer
» su entrada en Madrid. Causó el solo aviso in-
» decible contento, saliendo á aguardarle en
» la víspera por la noche numeroso gentío de
» la capital, y concurriendo al camino con no
» menor diligencia y afan todos los pueblos
» de la comarca. Rodeado de tan nuevo y gran-
» dioso acompañamiento llegó á las Delicias,
» desde donde por la puerta de Atocha entró
» en Madrid á caballo, siguiendo el paseo del
» Prado y las calles de Alcalá y Mayor hasta



» palacio. Iban detras y en coche los infantes
» D. Carlos y D. Antonio. Testigos de aquel
» dia de placer y holganza , nos fué mas facil
» sentirle que nos será dar de él ahora una idea
» perfecta y acabada. Horas enteras tardó el
» rey Fernando en atravesar desde Atocha has-
» ta palacio : con escasa escolta , por do quiera
» que pasaba , estrechado y abrazado por el in-
» menso concurso , lentamente adelantaba el
» paso , tendiéndosele al encuentro las capas
» con deseo de que fueran holladas por su ca-
» ballo : de las ventanas se tremolaban los pa-
» ñuelos , y los vivas y clamores saliendo de
» todas las bocas se repetian y resonaban en pla-
» zuelas y calles , en tablados y casas , acom-
» pañados de las bendiciones mas sinceras y
» cumplidas. Nunca pudo monarca gozar de
» triunfo mas magnífico ni mas sencillo , ni
» nunca tampoco contrajo alguno obligacion
» mas sagrada de corresponder con todo ahinco
» al amor desinteresado de súbditos tan fieles.
» Murat , oscurecido y olvidado con la uni-
» versal alegría , procuró recordar su presen-
» cia con mandar que algunas de sus tropas
» maniobrasen en medio de la carrera por
» donde el rey habia de pasar. Desagrado ór-
» den tan importuna en aquel dia , como igual-
» mente el que no estando satisfecho con el
» alojamiento que se le habia dado en el Buen

» Retiro , por sí y militarmente sin contar con
 » las autoridades , se hubiese mudado á la an-
 » tigua casa del principe de la Paz , inmedia-
 » ta al convento de Doña Maria de Aragon.
 » Acontecimientos eran estos de leve importan-
 » cia , pero que influyeron no poco en indispo-
 » ner los ánimos del vecindario.» (1)

En este dia de animacion y de júbilo uni-
 versal dedicaremos pocas líneas á nuestros mas
 queridos héroes.

Dolores capitaneaba una multitud de mu-
 jeres lujosamente ataviadas , satisfechas y de-
 cidoras : se habia borrado por entonces la tris-
 teza de su semblante , y animaba con sus do-
 naires á la festiva muchedumbre. Al atrave-
 sar el rey el Prado , se adelantó resueltamente
 hasta el monarca , y tendió su mantilla en tier-
 ra para que la hollase el caballo del nieto de
 Carlos III. Sus compañeras imitaron la bizarra
 accion de Dolores , y el corcel del rey marchó
 altivo sobre alfombras de terciopelo.

Manuel con otros compañeros , jóvenes bi-
 zarros y patriotas , seguia muy de cerca al
 monarca , dándole vítores entusiastas , y sin
 acordarse de la muerte , que muy de cerca le
 acechaba , segun su propio vaticinio.

En un balcon de la aduana se encontraba

(1) Conde de Toreno. *Historia del levantamiento, guerra y revolucion de España* : Tom. 1, lib. 2, pág. 102 y 103.

la bella Elisa, mas meditabunda y mas triste que la tarde del dia anterior. Sus ojos buscaban objetos que no lograban descubrir, y los uniformes franceses la sacaban de su letargo. Sacudia su hermosa cabeza, y vagaba en sus frescos labios una sonrisa muy amarga. Rosa, la interesante Rosa, estaba al lado de su amiga, pero sus ojos revelaban algun sentimiento profundo: no sonreia como el dia antes, ni procuraba interrumpir la meditacion de su amiga. Esta reserva singular tenia un motivo poderoso.

En la noche del 23 se encerró Daoiz en su aposento mas temprano que de costumbre: no conversó con su familia ni se despidió de su hermana. Sentado delante de su mesa, sacó el ramillete de lilas, ya marchito, lo colocó sobre el tapete, y apoyando su frente en las manos se entregó á meditaciones dolorosas. Las belas se iban consumiendo, y el reloj señaló la una sin que pensara en acostarse, cuando oyó dos ligeros golpes en la puerta de su aposento. Se levantó rápidamente, abrió, y se presentó su hermana Rosa.

Admirado quedó el artillero con tan inesperada visita; cojió la mano de la jóven y estrechándola cariñosamente, la condujo á un sillón y la dijo:

—¿Qué buscas, hermana mia, á estas horas?

—He visto luz en tu aposento, y como es muy tarde creí que estabas enfermo.

—No, Rosa.

—Miré, Luis, por la cerradura y te vi reclinado en la mesa, ó dormido ó meditabundo.

—Sí, meditaba, Rosa mía.

—¿Qué tienes, Luis, qué te atormenta?

—Estoy tranquilo, hermana mía.

—No, no pretendas engañarme. Mortal palidez cubre tu rostro, tus ojos estan inflamados y tus labios brotando sangre. ¿Qué tienes, Luis, ¡por Dios! ¿qué tienes?

—Un agudo dolor de cabeza que no me permite dormir.

—Tampoco es eso, Luis: tu herida está en lo profundo del alma.

Luis lanzó un doliente suspiro, y Rosa prosiguió

—Soy niña, pero sé guardar un secreto, y además, Luis, ya lo adivino. Abre tu pecho sin reserva, cuéntame tus penas, hermano, y si no las hallo remedio lloraré á tu lado, lloraré.

—Rosa, replicó el oficial: eres tan hermosa y tan pura como las flores de tu nombre, y no debe empañar el dolor tu frente blanca y virginal: yo soy hombre, debo padecer y me resigno con mi suerte. Vete á tu lecho, hermana mía, duérmete, ten

sueños de oro , y despierta hermosa y feliz.

—Me desprecias , Luis.

—No , hermana mia : te amo con un amor ardiente , pero te pido que me dejes como un favor inestimable.

—Y yo te pido , hermano mio , por ese amor que me profesas , que me des parte en tu dolor.

—Es imposible.

—Tu cariño allanará los imposibles , como Dios sujeta los mares.

Luis se levantó de repente , cogió la mano de su hermana , y arrastrándola hasta la mesa la señaló el ramo de lilas que habia puesto en ella horas antes.

—Todo lo comprendo , dijo Rosa.

—¿ Todo lo comprendes , hermana ? ¿ Comprendes cómo arden mis sesos con el fuego de mis ideas ? ¿ Comprendes cómo el corazon quiere reventar dentro del pecho , y cómo la sangre se agolpa para volverme loco , di ?

Rosa suspiró tristemente , y Luis prosiguió con mas fuego.

—Haber acariciado durante tres años , hermana , una bella ilusion dia por dia : haberse estasiado con ella como un santo en sus oraciones : haberla amado , como aman los querubines al Señor , y verla de pronto romperse como la espuma de las olas , y pasar como

pasa el viento por las cañadas de los montes. Este ramo , Rosa , este ramo ha estado en la mano de Elisa , ha bebido el aliento de Elisa , y ha tocado el pecho de Murat. Este ramo es la esposicion de un drama sangriento , y este ramo es la condenacion eterna de un infeliz, de Luis Daoiz.

— ¡ Luis !

— ¿ Querias , hermana , que vertiese en mis palabras el veneno que está devorando mi alma , querias tomar parte en mis penas y saber su historia ? Ya lo has logrado ; y estas flores son mudos y fieles testigos de mi padecer horroroso ! ¡ Estas flores , que han sido suyas , se gozarán en mi dolor !

Luis cogió el ramo con violencia é iba á dividirlo en pedazos , pero mudando de desig-
nio prosiguió con risa sardónica :

— Loco estaba , loco perdido. ¿ Deshojar estas flores ? no. Estas flores son un trofeo conquistado á los enemigos , y mi escudo de hoy en adelante tendrá por blason estas flores. Joaquin Murat se ha deshonrado al poner su planta en Madrid ; no ha sido bastante caballero para defender el rico don que le ha entregado una hermosura , y el azote de los cosacos ha tenido miedo quizás de un oficial de artillería.

Daoiz se interrumpió instantáneamente, su

risa sarcástica dió lugar á un abatimiento sombrío ; se dejó caer sobre un sillón , é inclinó su frente arrogante bajo el peso del infortunio. Rosa se dejó caer tambien en otro sillón inmediato , apoyó en su mano la mejilla , y se dispuso á una velada larga y dolorosa á la vez. Sin conocer por experiencia los tormentos de las pasiones , partia los de su tierno hermano y al fijar su ligera planta sobre las flores de su senda se encontraba con las espinas que tapiaban la de Luis. Estas espinas desgarraban el alma pura de la jóven , y en sus labios breves y frescos vagaba una sonrisa tan amarga como los ayes del dolor.

Si hubiera podido Daoiz acordarse de su tierna hermana ó fijar en ella sus ojos , habria tenido compasion de su profundo padecer y procurado disfrazar su propio dolor para que Rosa no tomase en él tanta parte ; pero el pensamiento de Luis , fijo y veloz al mismo tiempo , pesaba sobre sus sentidos como una montaña de granito , y volaba como las águilas sin fijar la vista en la tierra. Luis tenia fiebre , tiritaba y chocaba diente con diente ; Rosa conocia su enfermedad , pero no se atrevia á despertarle de aquel homecida estupor por no tocar con torpe mano el profundo seno de su herida.

El placer y el dolor del hombre jámas re-

tardan ni apresuran la marcha lenta y magestuosa de los astros y de los mundos. Un átomo de la creacion vive y muere como una planta, y aunque se proclama rey de ella cumple su destino en la tierra como un insecto ó un reptil. Las tardas horas de la noche trascurrieron pausadamente, sin acelerarse porque Rosa y su triste hermano padecian, y el alba levantó su frente sobre rico trono de topacios: sus primeros rayos hirieron las ardientes pupilas de Luis, y se estremeció como un cadaver á quien aplican el magnetismo. Echó una mirada en derredor, vió á su hermana pálida y triste, y notó que estrechaba aun el fatídico ramo de lilas. A su vista se estremeció y levantándose de un salto lo arrojó lejos de sí diciendo:

—Este marchito ramillete quema mis manos como un ascua!

—¿Qué tienes, Luis? preguntó Rosa, levantándose al mismo tiempo.

—Nada me aqueja, Rosa mia. Esas flores quemaban mi mano y las arrojé lejos de mí. ¿Te parece que he hecho bien?

—Sí, hermano.

—¡Pero qué pálida estás, Rosa! Es de día, bastante de día, y no has reposado un momento. Tú padeces tanto como yo; tú estas loca con mi locura, y si muero morirás tambien.

Rosa sonrió tristemente conformándose con la profecía que acababa de hacer su hermano. Luis prosiguió :

—Déjame Rosa entregado á mis sufrimientos y no tomes en ellos parte.

—Abandona esas tristes ideas y acuérdate de tus deberes. Son las cinco y media y á las seis debes ir al parque.

—Es verdad. Y tú, Rosa, irás á ver la entrada de nuestro rey Fernando VII.

—Me es indiferente.

—No, Rosa. Convendrías ayer con tus amigas en acompañarlas. ¿ Es verdad ?

—Sí, Luis : convine con

—Elisa. ¿ Por qué no pronuncias su nombre ?

—Luis.

—No hablemos mas, hermana mia. Yo iré á cumplir mi obligacion, y tú procura borrar las huellas que en tu bello rostro ha dejado una larga noche de insomnio. Pero mira, Rosa, no cuentes lo que has presenciado esta noche, ni pronuncies mi nombre.

—Lo sé.

—¿ Y lo cumplirás, Rosa mia ?

—Tengo tanto orgullo como tú, y te quiero mas que á mí misma.

—Dios te bendiga, noble hermana.

Luis besó la frente de Rosa y se separaron al punto. Por estas razones la niña estaba tris-

te y taciturna en el balcon de la aduana. Daoiz se presentó á las seis en punto en el parque de artillería, y sus compañeros se admiraron de verlo tan pálido y triste : rechazó las bromas de todos con una seriedad muy impropia de su caracter bondadoso, y despues de haber llenado escrupulosamente todos sus deberes militares, se reclinó sobre un cañon, y sobre aquel lecho de bronce dió rienda suelta á las ideas que le atormentaban crudamente.

Doscientos mil espectadores cubrian las calles de Madrid durante el tránsito del monarca, y Fernando invirtió seis horas desde Atocha hasta el real palacio. (1)

El júbilo de los habitantes causaba despecho á Murat, porque el amor de los españoles á Fernando podia contrastar los proyectos del emperador de los franceses. Al anocheecer de este dia estaba sentado en un sofá de su magnífico alojamiento, y se encontraban cerca de él el embajador de Francia Beauharnais, único individuo del cuerpo diplomático que no habia reconocido á Fernando, y su gefe de estado mayor Augusto Belliard. La arrugada frente del gran duque revelaba profundo disgusto y Beauharnais le dijo:

—Monseñor, la venida del rey Fernando

(1) Muñoz Maldonado.